

Claudio Martyniuk
Oriana Seccia
(coordinadores)



Crítica y estilos de insumisión

En compañía de Ludwig Wittgenstein,
Michel Foucault y Cornelia Vismann

prometeo'
libros

CRÍTICA Y ESTILOS DE INSUMISIÓN

Claudio Martyniuk y Oriana Seccia
(Coordinadores)

Crítica y estilos de insumisión

En compañía de Ludwig Wittgenstein,
Michel Foucault y Cornelia Vismann

prometeo'
libros

Crítica y estilos de insumisión : en compañía de Ludwig Wittgenstein,
Michel

Foucault y Cornelia Vismann / Claudio Martyniuk ... [et al.] ; compilación
de Claudio

Martyniuk ; Oriana Seccia. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Prometeo Libros, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-816-460-1

1. Filosofía Clásica. I. Martyniuk, Claudio II. Martyniuk, Claudio, comp.
III. Seccia, Oriana, comp.

CDD 190

Cuidado de la edición: Magalí C. Álvarez Howlin

Armado: María Victoria Ramírez

Corrección de galeras: Marina Rapetti

© De esta edición, Prometeo Libros, 2022

Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

editorial@treintadiez.com

www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Índice

Prólogo	
Claudio Martyniuk y Oriana Seccia	9
Ludwig Wittgenstein y Fritz Mauthner.	
La dimensión trágica del ejercicio crítico	
Silvia Rivera.....	11
Poder, ética y sujeto en Michel Foucault.	
Dudas sobre el <i>cuidado de sí</i> como práctica de resistencia	
Mauro Benente	27
Los rastros de Pierre Legendre en Enrique Marí	
José Bellido.....	51
Diferencia e indiferencia en el pensamiento social contemporáneo.	
Apuntes para una ciencia social retórica	
Oriana Seccia.....	67
Verdad y negación del sexo. Una hermenéutica de la sexualidad posmoderna	
Esteban Dipaola.....	89
(Re)montando imágenes, gestos, y palabras: El pasado reciente argentino y las producciones estético-testimoniales de sus herederos	
Magalí Haber	101
La revolución de lxs “nada”: una aproximación al debate sobre orientación sexual, identidad de género y discriminación	
Paula Viturro Mac Donald	127
Las lecciones de escritura del derecho	
Cornelia Vismann.....	155
Abstracción de lo sensible, impertinencia, esperanza, expediente	
Claudio Martyniuk	215

Prólogo

Caja de herramientas, botiquín de primeros o segundos auxilios, archivo de conceptos y metáforas, también fantasías de empirismos ficticios, materialidades de novelas jurídicas, danzas de ilusiones críticas y espectros insumisos: he aquí nuestra Pandora, una caja babélica, un libro polifónico. No se revocan abstracciones encarnadas. No se patenta un silencio que reinventa el ruido. Se trazan visiones no exaltadas, aunque no siempre serenas. Emerge, muy de tanto en tanto, cierta melancolía, una soledad acompañada. Torre inclinada por condensaciones y figuraciones, rascacielos horizontal que en sus renglones enlista a Wittgenstein y Foucault, a Legendre y Marí, a Kafka y Carson, a Agamben y Rancière, a Melville y Benjamin, a Derrida y Vismann, red de círculos que se entrelazan e intersectan el siglo pasado y el presente, que captan movimientos, tanteos de nuestro pensar, de su pesar. ¿Cómo escribir desde la persistencia de la violencia radical? Violencia de los poderes, violencia de la escritura, violencia de la crítica devenida dogma, autocomplaciente. ¿Cómo escribir sin perpetuarla, sin congelar sus gritos, ni museificarla, ni convertirla en *papers*? Entre la fidelidad y la traición a esa interrogación, ensayamos en estas páginas, desde estilos y temáticas múltiples, arrojamos sombras atentas, esperanzas heteróclitas.

Los artículos que integran este libro están vinculados al proyecto de investigación “Cuerpos insumisos y paradigma crítico. Distancia y proximidad en el hilo del conocimiento al reconocimiento: memoria, testimonio y representación” (UBACyT 2011-14, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires). José Bellido (Birbeck College, University of London), participante de las Jornadas Internacionales “Enrique Marí. Derecho, Filosofía y Política” (Facultad

Claudio Martyniuk y Oriana Seccia (Coordinadores)

de Derecho, UBA, 2011) y del Seminario “*Juris-ficción*. Derecho, archivo y ficciones: las teorías de Enrique Marí, Cornelia Vismann e Yan Thomas” (Facultad de Derecho, UBA, 2012) –ambas actividades organizadas desde el referido UBACyT– ha promovido la traducción del texto de Cornelia Vismann (1961-2010). Asimismo debemos agradecerle a Balthasar Haussmann, marido de Cornelia, que autorizó la publicación, así como a Kerstin Schuster y Alexander Roesler, quienes saludaron la traducción en representación de S. Fischer Verlag, editores de *Akten. Medientechnik und Recht* (Fischer Taschenbuch GmbH, Frankfurt am Main, 2000), el libro de Vismann del cual se publica aquí la Introducción y el Capítulo primero. Esta edición ha sido posible por el subsidio económico brindado por la Universidad de Buenos Aires mediante el citado proyecto UBACyT.

Claudio Martyniuk y Oriana Seccia

Ludwig Wittgenstein y Fritz Mauthner. La dimensión trágica del ejercicio crítico¹

Silvia Rivera

“La filosofía es teoría del conocimiento. La teoría del conocimiento es crítica del lenguaje (*Sprachkritik*). La crítica del lenguaje es la tarea encaminada a liberar el pensamiento, a expresar que los hombres nunca logran ir más allá de una descripción metafórica (*bildliche Darstellung*) de las palabras, ya utilicen el lenguaje cotidiano, ya el lenguaje filosófico.”

Fritz Mauthner - *Wörterbuch der Philosophie:*
Neue Beiträge zu einer Kritik der Sprache

1- ¿Una obra fragmentada?

Desde la poco feliz separación russelliana de la obra –y quizás también del autor– en dos partes irreconciliables mentadas como “WI y WII”, la idea de que hay más de un Wittgenstein se ha convertido en un lugar común, no solo de manuales de filosofía sino también de textos especializados. A modo de atenuante vale recordar que una primera diferenciación binaria fue alentada por el propio Wittgenstein, cuando en las *Investigaciones filosóficas* impugna el reduccionismo lógico a la

¹ Una primera versión de este trabajo se presentó en las XI Jornadas Nacionales Ágora Filosófica “La función de la crítica en la filosofía contemporánea”, organizadas por el CONICET y la Asociación Argentina de Investigaciones Éticas, Consejo Regional Buenos Aires, en Mar del Plata, los días 17, 18 y 19 de noviembre de 2011.

hora de estudiar el lenguaje, incluyéndose a sí mismo como “autor del *Tractatus logico-philosophicus*” en tal posición reduccionista².

En los últimos tiempos la exégesis se ha detenido aún en descubrir o “inventar” nuevas escisiones, al punto de postular un “tercer Wittgenstein” –el de *Sobre la certeza*, por ejemplo– o también un Wittgenstein intermedio, representado por los textos correspondientes al período 1929-1933/35. Se considera como texto central de este período a las *Observaciones filosóficas*³.

Por mi parte, y sin desconocer las diferentes etapas de desarrollo de su pensamiento, considero que la obra de Wittgenstein debe leerse como un todo coherente, como un movimiento del pensar en torno al lenguaje que tiene sus marchas, giros y contramarchas, pero que no amerita fragmentaciones radicales. Es por esto, que más allá de diferencias ciertas, encontramos elementos constantes, supervivencias del *Tractatus logico-philosophicus* en sus escritos últimos y también interesantes anticipaciones de desarrollos posteriores presentes ya en su obra temprana. Cito, solo a modo de ejemplo de tales “anticipaciones”, las proposiciones que en el *Tractatus* tratan sobre las leyes científicas, presentándolas como reglas “arbitrarias” para la formación de proposiciones descriptivas del mundo. También una primera crítica al atomismo, que haciendo centro en la proposición 3.3 del *Tractatus*, es certeramente puesta de manifiesto –aunque colocando el eje de la argumentación de puntos diferentes, si bien complementarios– por Hidé Hishiguro y por Carla Cordua⁴.

² Dice Wittgenstein: “Es interesante comparar la multiplicidad de herramientas del lenguaje y de sus modos de empleo, la multiplicidad de géneros de palabras y oraciones, con lo que los lógicos han dicho sobre la estructura del lenguaje (incluyendo al autor del *Tractatus logico-philosophicus*).” (Wittgenstein, 1988a: 41)

³ Sabine Knabenschuh de Porta aboga por dar entidad a este Wittgenstein “intermedio” si bien para mostrar la continuidad de su obra a partir de un concepto clave: el de “espacio lógico” (Cfr.: Rivera y Tomasini Bassols, A., 2010).

⁴ Recordemos también que la crítica al llamado “atomismo” se manifiesta explícitamente con el abandono del carácter independiente de las proposiciones elementales, pero se insinúa aún antes, en la tensión presente entre atomismo y contextualismo dentro del propio *Tractatus*, tal como lo señalan Carla Cordua en su artículo titulado “Uso y referencia de los nombres” al destacar la forma general de la proposición como regla para la construcción de todas las proposiciones posibles y también Hidé Hishiguro en su referencia a la proposición como primer contexto en el que adquieren significado los simples. (Cfr. Cordua, 1976 e Hishiguro, 1971)

Elijo entonces no detenerme en las diferencias –que en lo fundamental se estructuran en el desplazamiento desde la perspectiva lógica a la antropológica a la hora de encarar el estudio del lenguaje, con la consecuente fragmentación de “el lenguaje” en “lenguajes” históricos y comunitarios– para concentrarme en las afirmaciones sostenidas por Wittgenstein a lo largo de toda su obra. Pero de ningún modo me guía en la tarea un afán meramente enumerativo, sino el interés por ubicar entre los tópicos constantes aquellos que funcionan a la manera de ejes articuladores del pensamiento wittgensteiniano. Entre estos ejes destaco –como dos aspectos de un problema único– la impugnación al ascenso metalingüístico por una parte, y el reconocimiento de la filosofía como actividad de crítica del lenguaje, por la otra.

2- Ejes articuladores del pensamiento wittgensteiniano

En contundente oposición a fragmentaciones radicales *á la Russell* destacados autores se han dedicado a mostrar notas permanentes en el pensamiento de Wittgenstein. Lo hacen, sin embargo, dentro de un esquema por así decirlo “binario”: el Wittgenstein del *Tractatus* y el de las *Investigaciones filosóficas*. De este modo coinciden en su proclama de continuidad con otro grupo de intérpretes, que abandonan el esquema binario y se proclaman a favor de un “tercer Wittgenstein”. Destaco a Anthony Kenny también a Tomasini Bassols, entre los primeros; a Stroll, Baker y Sabine Knabenschuh de Porta, entre los segundos (Cfr. Kenny, 1974; Tomasini Bassols, 2010; Stroll, 1994)⁵. Es curioso que los últimos autores citados defiendan todavía la continuidad a través del recurso a una multiplicación de escisiones o etapas, ya apelando a un “tercer Wittgenstein”, ya a uno “intermedio”.

Cabe señalar que las notas elegidas habitualmente para marcar la continuidad suelen incluir –y esto sin pretensión de exhaustividad– la distinción entre filosofía y ciencia natural, la inexistencia de problemas filosóficos genuinos, la afirmación del carácter descriptivo de la filoso-

⁵ Considero que los puntos elegidos por Kenny para marcar la continuidad son discutibles, en tanto los de Tomasini apuntan a los grandes núcleos articuladores del pensamiento de Wittgenstein. Entre los defensores de la posición contraria véase también la exposición de Stroll sobre el tema (Cfr. Stroll, 1994).

fía y la presentación de la filosofía como una actividad de análisis de lenguaje.

Se siguen, a partir del reconocimiento de estos temas comunes, al menos dos observaciones. En primer lugar, que el concepto de “filosofía” aparece, de un modo u otro, en todos los temas considerados continuos. Por lo tanto, explorar la concepción wittgensteiniana de la filosofía se torna imprescindible a la hora de relevar continuidades. Pero se sigue también la falta de referencia a una tensión presente entre el explícito reconocimiento por parte de Wittgenstein de que la filosofía es actividad de crítica del lenguaje con la también explícita impugnación wittgensteiniana a la legitimidad de la dimensión metalingüística. La pregunta es qué indica esta omisión. ¿Que no se trata de una cuestión relevante? ¿O quizás que por su obviedad no merece referencia? Aún si éste fuera el caso, la legítima recuperación del *pathos* crítico de la filosofía, en su radical desconfianza hacia lo obvio, podría indicar que tal ausencia muestra la inquietud que provoca el tema de la impugnación a una dimensión “meta”, precisamente porque interpela nuestra tarea cotidiana de ejercicio filosófico. Un ejercicio filosófico que, aún en el caso de inscribirse decididamente en el horizonte trazado por Wittgenstein, no logra a pesar de todo escapar por completo a referencias metalingüísticas, como –es bueno recordar– tampoco lo logró por completo la tarea del maestro.

Según la afirmación de Bertrand Russell, presente en su “Introducción” al *Tractatus lógico-philosophicus*, la “tesis más fundamental” de la teoría de Wittgenstein es que el elemento común entre proposición y hecho no puede ser dicho en el lenguaje. (Cfr. Russell, 2007:137). Es decir que todo aquello relacionado con la “expresividad” del lenguaje permanece inexpresado y, sobre todo, inexpresable. Precisamente el hecho de que en el ámbito de lo inexpresable se ubique al conjunto de la lógica y la filosofía genera algunas dudas, en especial –continúa Russell– considerando que el propio Wittgenstein encuentra el modo de decir una buena cantidad de cosas acerca de lo que nada puede decirse, sugiriendo así una salida del laberinto, “ya a través de la jerarquía de lenguajes o bien de cualquier otro modo” (Russell, 2007: 151). El problema es que el recurso a una “jerarquía de lenguajes” es una alternativa que Wittgenstein niega en el *Tractatus*, si bien no prescinde por completo

de ella y la tensión que esto genera se plasma de modo eminente en la impugnación final al carácter significativo de las proposiciones que integran su libro⁶.

Dos cuestiones considero importante señalar. En primer lugar que Russell pretende aplicar un tecnicismo pensado para resolver las paradojas de los lenguajes formales a un tema que excede lo meramente formal, como es el planteo del *Tractatus*. Por otra parte, que el motivo de impugnación al ascenso metalingüístico por parte de Wittgenstein no se ubica tanto en la infinitud de la serie de lenguajes y la consecuente imposibilidad de fijar un metalenguaje último, uno de los problemas considerados en la época, y también en trabajos más recientes⁷, sino en el tema del “lenguaje-objeto”. El centro del problema se ubica para Wittgenstein en la imposibilidad del lenguaje de devenir “objeto”, ya que su función configuradora o “modélica” lo coloca más bien del lado del “sujeto”.

Recordemos que Bertrand Russell presenta la teoría de la jerarquía de lenguajes en la citada “Introducción” al *Tractatus*, indicando en escritos posteriores que ésta se encontraba implicada ya en la teoría de los tipos, si bien es cierto que mientras la teoría de los tipos se proponía resolver paradojas lógicas, la teoría de la jerarquía de lenguajes se refiere a paradojas semánticas (cfr. Russell, 1996). Por su parte, Alfred Tarski retoma tiempo después la cuestión otorgándole un particular impulso al vincularla con la concepción semántica de la verdad. Diferenciando los lenguajes coloquiales de los lenguajes formalizados, asegura que los primeros no contienen términos provenientes de una teoría del lenguaje que describa conexiones estructurales entre signos (Cfr. Tarski, 1997). Pero cuando investigamos el lenguaje de la ciencia –en especial de las

⁶ En esta proposición Wittgenstein se refiere a las proposiciones de su libro como “no significativas” o “sin sentido”, utilizando al palabra alemana “unsinning” y no “sinnloss” reservada para las tautologías de la lógica y la matemática.

⁷ Cito a modo de ejemplo el trabajo de Eduardo Barrio “Cuantificación irrestricta y ontología” presentada en la I Jornadas Nacionales e Internacionales “¿Por qué el lenguaje importa a la filosofía?” realizada en Rosario el 31 de mayo y 1 de junio de 2011. En este trabajo el autor examina entre otras cosas las condiciones lógicas de posibilidad de un lenguaje universal, que invalidaría parcial o totalmente la esfera de lo “inefable”.

ciencias deductivas formalizadas— debemos distinguir claramente el lenguaje *del* cual hablamos y el lenguaje *en* el cual hablamos, así como debemos distinguir la ciencia que es objeto de la consideración de la ciencia en la cual esta consideración se hace. Precisamente son los aspectos estructurales de las ciencias los objetos primeros de los lenguajes segundos, también llamados “metaciencia”.

De este modo, y más allá de las recurrentes citas al ejemplo paradigmático de Tarski “la nieve es blanca”, está claro que la teoría de la jerarquía de lenguajes abre una amplia gama de ascensos a dimensiones del lenguaje cada vez más abarcadoras —y que podemos llamar de modo general como dimensiones “meta”— que proliferan en el campo de diferentes ramas del saber: lógica, matemática, filosofía, entre otras. La implementación de una crítica del lenguaje, cualquiera sea el modo de concebir esta crítica, parece ubicarse entonces necesariamente en la citada dimensión “metalingüística”.

3- El problema de la dimensión “meta”

Si bien la palabra “metalenguaje” no aparece como tal en ninguna de las proposiciones de los primeros escritos de Wittgenstein, el concepto al que hace referencia parece ubicarnos en tiempos tractarianos, con la afirmación fuerte acerca de la imposibilidad de decir en el lenguaje la forma lógica que posibilita toda representación. Sin embargo, encontramos en posteriores escritos de Wittgenstein expresiones francas que dan cuenta del sostenido rechazo de Wittgenstein a la dimensión “meta”. Cito como ejemplo el capítulo del *Big Typescript* titulado “There is no metamathematics” —en el que Wittgenstein afirma: “No hay metamatemática. Hay cálculos en los que los números son usados pero no mencionados” (Wittgenstein, 2005:276). La negación del metalenguaje se hace explícita también en numerosos pasajes de la *Gramática filosófica*, entre ellos:

La tarea de la filosofía no es la creación de un lenguaje ideal, sino aclarar el uso del lenguaje existente. Me está permitido hacer uso de la palabra ‘regla’ sin tener primero que decodificar las reglas de uso de esta palabra. Si la filosofía tuviera que ver con el concepto de cálculo de todos los cálculos, habría una metafísica. Pero no la hay. (Wittgenstein, 1992:35)

Se trata de afirmaciones interesantes porque Wittgenstein se aleja con decisión del proyecto de la tradicional filosofía analítica descalificando uno de sus recursos más preciados. Recurso que además, en palabras de Bergman, le permite a la filosofía analítica diferenciarse nítidamente de toda especulación “prelingüística”⁸:

Mucho de lo paradójico, absurdo y opaco de la filosofía prelingüística venía de la carencia de la distinción entre hablar y hablar acerca del hablar. Este fallo o confusión es más difícil de evitar de lo que se puede pensar. El método es la forma más segura de evitarlo. (Bergman, 1964:177)

Dejando de lado la discutible caracterización de la filosofía llamada “prelingüística” como absurda, paradójica y opaca, la cita resulta relevante en tanto muestra la sobredimensión otorgada al recurso metalingüístico por la filosofía lingüística de corte analítico, que lo considera parte de un método capaz de garantizar claridad, precisión y seriedad al trabajo filosófico. Se sigue de aquí la consecuente expansión y proliferación de “metalenguajes” en diferentes áreas (ciencia, ética, filosofía, epistemología, entre otras). En el campo específico de la “metafilosofía” se ubica el reconocimiento de que todo problema filosófico es un problema de lenguaje y por lo tanto su esclarecimiento requiere del “ascenso semántico” al que refiere, entre otros, Quine (Cfr. Quine, 1968). En pos de un ideal de pretendida transparencia y rigurosidad, la estrategia del ascenso semántico permite –para estos autores– conducir la cuestión a un dominio donde el acuerdo es más sencillo, en tanto no se dirime ya sobre objetos sino sobre palabras, y esto favorecería francamente a la filosofía.

Ahora bien, ¿por qué preferir el acuerdo al desacuerdo o disenso? ¿Por qué la convergencia y superación de diferencias es un objetivo deseable frente al peligro de la particularidad y la dispersión? En todo caso, el

⁸ Se impone en este punto alguna aclaración en torno al vínculo entre filosofía lingüística y filosofía analítica. Si bien la filosofía analítica se ubicó en el momento de emergencia del llamado “giro lingüístico”, considero que no pueden considerarse sinónimos, aún cuando con frecuencia se alienta tal identificación. Porque sin duda las posibilidades de análisis del lenguaje son mucho más amplias y sobre todos más fértiles que las que establece la tradición analítica, al tiempo que es posible rastrearlas en autores previos a esta aclamada revolución filosófica (Cfr. Rorty, 1990).

intento es reforzar el proyecto analítico con una apuesta “metavalorativa” –implícita o no tanto– que inviste de superioridad a la opción por la universalidad y necesidad de un formalismo pretendidamente diáfano, frente a la opción por la materialidad y la contingencia. Superioridad que se mide en términos de seriedad intelectual y legitimidad académica, considerando que aquello que se valora es el ascetismo y la pulcritud en la tarea por sobre la riqueza y fertilidad de los resultados. Nada de resonancias ni ambigüedades. Nada de metáforas y analogías. Precisamente sobre los abusos de estas figuras literarias escribió Jacques Bouveresse en su libro *Prodigios y vértigos de la analogía*, con prólogo de Sokal y Bricmont. Respaldado por tales prologuistas, este estudioso de Wittgenstein denuncia como “imposturas intelectuales” a aquellos textos que surgen en el cruce de géneros, tradiciones y recursos estilísticos. Cruces e intersecciones que sólo logran expandir una temida “oscuridad”, dice Bouveresse apelando –en franca paradoja– a una figura de corte metafórico que está atravesada por resonancias a un mismo tiempo epistemológicas y morales (Cfr. Bouveresse, 2005). La oscuridad relacionada con la confusión y la desorientación intelectual por una parte, y relacionada también con el mal y el vicio moral, por la otra.

Precisamente, no sólo el rechazo de tan preciado recurso se lee desde el *Tractatus* hasta las obras correspondientes a períodos posteriores de la vida del filósofo austríaco, sino que las categorías conceptuales que Wittgenstein introduce a partir de la década del treinta para dar cuenta de nuestras prácticas discursivas (entre ellas de modo eminente “juegos de lenguaje” y “formas de vida”) invalidan la posibilidad de un acuerdo “universal” acerca del uso de palabras entre miembros de diferentes comunidades históricas. Son las formas de vida las que en cada caso definen los significados, sin postular un exterior común y superador que permita dirimir acuerdos o desacuerdos.

Por una parte, todo intento de metavaloración fundada en la transparencia de un lenguaje universal se manifiesta impropio y ya en sus primeros escritos, en función de la inexpresabilidad de la forma lógica que admite para su demostración recursos tales como la “analogía” con la notación musical en la partitura y con el disco gramofónico (Wittgenstein, 2007a: 71-73). Por la otra, y aún cuando en sus escritos posteriores

el ideal de transparencia se quiebra de la mano de una nueva analogía –recurso sospechado por Bouveresse– entre lenguaje y juego, se afianza el reconocimiento de una inconmensurabilidad radical que define todo instrumento de medición hacia el interior de las formas de vida⁹.

4- El lenguaje de la crítica

La filosofía en su sentido positivo o terapéutico, nos dice Wittgenstein a lo largo de toda su obra, no es teoría sino ejercicio, actividad. Actividad de crítica del lenguaje que se aproxima cada vez a la crítica cultural, o crítica de ciertas formas de vida. Aproximación que se pone de manifiesto a partir de la recuperación de la dimensión histórica y social del lenguaje que Wittgenstein logra incorporando las categorías “juegos de lenguaje” y “formas de vida” a su propio ejercicio intelectual. Recordemos que para Wittgenstein juegos de lenguaje y formas de vida son –a la manera de las dos caras de una misma moneda– instancias por completo indisociables, que funcionan como un entramado único que solo admite distinción en vistas a su esclarecimiento teórico.¹⁰ Se sigue entonces que todos los aspectos y productos de una forma de vida tienen una estructura o articulación lingüística, de modo tal que la crítica, toda crítica es siempre crítica del lenguaje por una parte, al tiempo que toda crítica del lenguaje se vincula necesariamente con la crítica a una cultura o forma de vida.

Si seguimos este razonamiento, se impone analizar sus consecuencias. ¿Cómo conciliar la tarea crítica del lenguaje que Wittgenstein atribuye a la filosofía en sentido positivo, con su constante impugnación de la dimensión metalingüística, en especial en el campo propio de los estudios culturales? Sin duda, la crítica del lenguaje debe expresarse en un lenguaje. Pero ¿cuál es el lenguaje de la crítica? Si la crítica se ejercita

⁹ Wittgenstein recurre muchas veces a la comparación de las reglas de los juegos con instrumentos de medida. Recordemos su observación del metro-patrón, que nunca podrá erigirse en “metaregla” dado que su significado se establece en función del contexto institucional de cada forma de vida. (Cfr. Wittgenstein, 1986)

¹⁰ Se presenta aquí el problema que supone concebir formas de vida sin lenguaje o también proponer algún tipo de superioridad lógica entre estos conceptos: juegos de lenguaje y formas de vida. (Cfr. Scotto: 2009)

desde el lenguaje que es objeto de examen, el problema de la autorreferencialidad –y con ella las paradojas que tal autorreferencialidad detona– resulta insoslayable. En tanto, si para ejercitar la crítica del lenguaje nos ubicamos en otro lenguaje, éste no puede ser inconmensurable con el primero, sino que debe contenerlo y por lo tanto debe ser en cierto sentido “superior”. Ocurre entonces que la recaída en un ascenso metaligüístico resulta difícil de evitar, así como también los riesgos prácticos que tal superioridad implica: el dogmatismo que supone erigir en “patrón de medida” a la comunidad o forma de vida que maneja las reglas del metalenguaje en cuestión.

Es decir que, una vez más, la dimensión “meta” muestra la presencia de elementos metavalorativos entrelazados con otros en que se pretenden puramente lógicos o aun epistémicos. Si la valoración está presente, la cuestión del lenguaje de la crítica muestra implicancias prácticas y aun políticas que exceden los ideales expertos de transparencia y neutralidad. Porque está claro que quien o quienes administren el metalenguaje crítico se ubicarán en una posición de franca autoridad.

La respuesta a estas cuestiones, en apariencia sin salida, se encuentra en los ejercicios de escritura que Wittgenstein despliega a lo largo de su vida. Ejercicios originales, pero con arraigo en temas, autores, y aun en problemáticas que podemos encontrar también en otros intelectuales de la época, algunos de ellos citados por el propio Wittgenstein. En el *Tractatus*, por ejemplo, un libro por demás escueto en citas de autores, leemos en la proposición 4.0031:

Toda la filosofía es “crítica del lenguaje” (pero no, en absoluto, en el sentido de Mauthner). Es mérito de Russell haber mostrado que la forma lógica aparente de la proposición no debe ser necesariamente su forma real (Wittgenstein, 2007a: 71).

Wittgenstein no acuerda con Fritz Mauthner, sin embargo le dedica una mención especial en un libro en extremo parco en citas de autores. Es decir que, más allá del desacuerdo, Mauthner es un referente. Este austríaco “diletante”, tal como él mismo gusta denominarse (Cfr. Mauthner, 1911: 9), que denunció las supersticiones que el lenguaje instala cuando palabras abstractas resultan reificadas, puso de manifiesto la

necesidad de una *Sprachkritik* que alcance a reconocer los límites de lo decible. Para Mauthner el lenguaje introduce orden en una cultura dada, del mismo modo que una regla ordena un juego:

El lenguaje es solamente convención, al modo de la regla de un juego: cuantos más participantes haya tanto más compulsiva será. De todos modos no es su tarea la de aprehender o la de alterar el mundo real (Mauthner, 1911:57).

Una curiosa combinación entre relativismo extremo y psicologismo a la hora de encontrar el origen de los conceptos lleva a Mauthner a una conclusión escéptica: “Tan pronto como tenemos algo que decir, estamos forzados a guardar silencio” (Mauthner 1911: 65). El lenguaje es un fenómeno social incapaz de transmitir conocimiento verdadero y precisamente es este carácter convencional el que deja fuera todo lo realmente importante. Relativismo y psicologismo son notas que hacen a la propuesta de Mauthner insatisfactoria para el joven Wittgenstein, a pesar del innegable impacto que le produjeron las palabras de este intelectual vienés. A pesar de todo, la propuesta crítica de Mauthner dejó su huella en el *Tractatus*, y aún más en las *Investigaciones filosóficas* a través de metáforas compartidas. Una huella a pesar de las insatisfacciones. O quizás, a partir de estas insatisfacciones, Wittgenstein sintió el impulso de investir a su crítica de un especial rigor. Un rigor capaz de dar cuenta del lugar peculiar que ocupa la lógica –y también la ciencia– en nuestro lenguaje, nuestra cultura y nuestra forma de vida, distanciándose en este punto de las afirmaciones más fuertes de Mauthner, que reducen las leyes científicas y también a las leyes morales a “juegos de la cognición humana”, la *fable convenue* del saber (Mauthner 1911:71).

Por el contrario, Wittgenstein sí aspira al rigor y radicalidad en la crítica y la argumentación. Un rigor que no es el del “ideal”, ni se reduce a artificios formales. La claridad ansiada por Wittgenstein debe ser completa, pero en la implementación de una modalidad crítica capaz de sortear tanto autoritarismos dogmáticos como relativismos complacientes. Es, precisamente, el rechazo al relativismo otro de los elementos que aleja a Wittgenstein de Mauthner. En su búsqueda de un criterio de justicia/justeza dentro del único lenguaje que hablamos y nos

habla –de un criterio que podemos considerar “material”– Wittgenstein explora otras formas de decir, de mostrar y de iluminar los límites del lenguaje.

De este modo, rechazando metalenguajes y las metavaloraciones que éstos instalan, sin temer a las paradojas y haciendo uso de metáforas y analogías Wittgenstein construye un modelo de crítica radical al mismo tiempo que histórica, situada y parcial, que sólo en apariencia “deja las cosas”. Porque si bien es cierto que, como afirma Mauthner, nuestras descripciones no pueden ir más allá de lo metafórico, todas no valen lo mismo y esto en virtud de su capacidad para iluminar supuestos y potenciar, en consecuencia, la capacidad de creación y de transformación tanto de los lenguajes como de las formas de vida.

Se trata entonces de alcanzar la *übersicht* o representación sinóptica, “concepto que tiene para nosotros una importancia fundamental” afirma Wittgenstein en su manuscrito “Filosofía” (Wittgenstein, 1997). Se trata de una visión o representación directamente relacionada con la práctica de la filosofía en su versión terapéutica, que nos muestra los eslabones conectantes entre nuestras prácticas y nuestros conceptos. Una filosofía terapéutica o crítica, que llevada hasta sus últimas consecuencias nos permite acceder a las bases mismas sobre las que se asientan las representaciones necesariamente metafóricas de cada grupo social. Porque no se trata sólo de representar o describir, sino de mostrar también el modo de descripción elegido.

Son estos los cimientos que Wittgenstein reclama al expresar en el aforismo 30 de *Cultura y Valor* “No me interesa levantar una construcción, sino tener ante mí, transparentes, las bases de las construcciones posibles” (Wittgenstein, 1995:40). Es a partir de esta radicalidad en la visión de los supuestos que posibilita el ejercicio de una *übersicht* –concebida como crítica de la relación entre lenguajes y formas de vida– que resulta posible progresar en el grado de compromiso que compartimos en la construcción social de los significados. Queda claro que no se trata del mito del progreso que caracteriza a la cultura moderna, y que pretende erigir una construcción continua sobre bases que deliberadamente se sustraen a la consideración y a la crítica. Se trata de progresar en el reconocimiento de los límites, que son siempre límites del lenguaje.

5- Conclusión

La lectura conjunta de los textos de Ludwig Wittgenstein y de Fritz Mauthner nos permite, no sólo realizar un registro de coincidencias y diferencias puntuales, sino que, muy especialmente, nos impulsa al reconocimiento de un mismo *pathos* compartido entre ambos pensadores. Un común *pathos* trágico, que se manifiesta en la radicalidad de la crítica del lenguaje que practican. Una vez impugnada la dimensión metalingüística, la crítica del lenguaje nos enfrenta con la cuestión de los límites. Pero está claro que –en función de la centralidad que tanto Wittgenstein como Mauthner confieren al lenguaje– estos límites no pueden ser trascendidos. Tampoco conjurados, ignorados o camuflados bajo la figura del fundamento. Porque un intelectual que destaca a la ética no como discurso sino como toma de posición frente a los alcances de sus formas expresivas, rechaza estas posibilidades, eligiendo no sólo reconocer los límites sino hacerse cargo de ellos: esto es sostenerlos, mostrarlos, soportarlos en su necesaria e irredimible contingencia.

Esta es la tragedia de una tensión irresoluble: producir criticando lo producido; decir pero indicando en lo dicho las ideologías que cargan al mensaje con mitos heredados. O callar, señalando que en ese silencio se manifiestan las fronteras constitutivas del pensamiento y del mundo. ¿Dimensión trágica del pensamiento crítico en este choque constante con sus propios límites? Límites que no pueden ser trascendidos sino, en todo caso, soportados y señalados en su presencia inevitable.

Cómo liberarse de las palabras y de las supersticiones de las palabras, se pregunta Mauthner en la primera página de la “Introducción” de su libro (Mauthner, 1911: 21). Dónde encontrar la “palabra redentora”, esa que también busca Wittgenstein desesperadamente, una y otra vez, en sus días en el frente de batalla, tal como consta en la anotación del día 20 de enero de 1915 de su *Diario Filosófico 1914-1916* (Cfr. Wittgenstein, 2009: 62). Palabra redentora o salvadora, que se escabulle muy especialmente cuando el objeto de la investigación y el medio con que cuenta para la misma se designan con igual denominación, esto es, “con la palabra ‘lenguaje’”, nos dirá Mauthner, agregando que “nada es más triste que intentar redimir